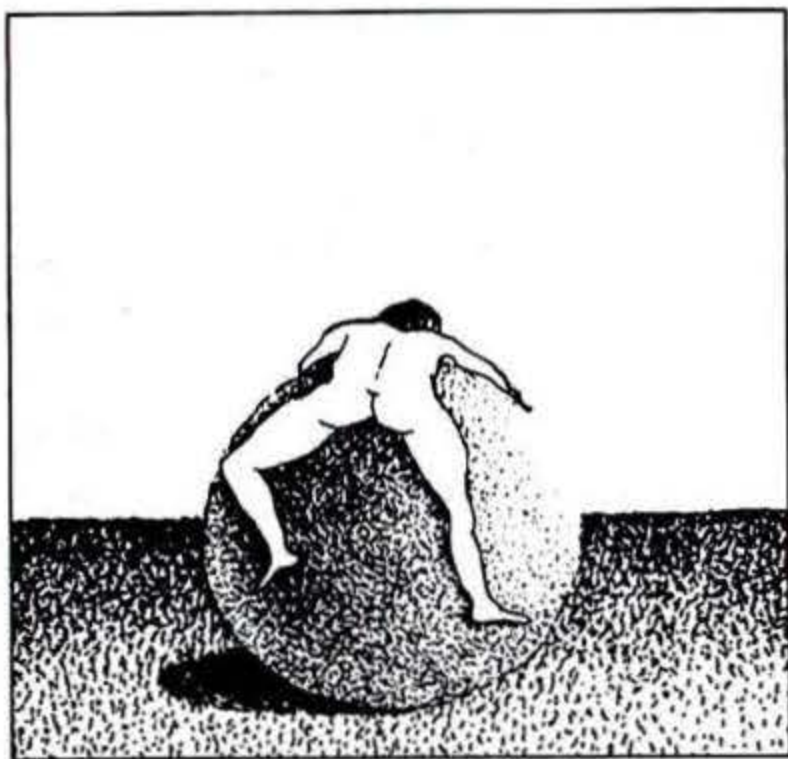


hectáreas, según los documentos del Diario Oficial consultados por Tovar; Catherine Legrand (*ibíd.*) habla de tres millones cien mil hectáreas entre 1827 y 1931. ¿Cómo se distribuyeron?



Las mayores adjudicaciones, según Tovar, fueron en Antioquia, que recibió el 44% de las tierras asignadas en el siglo XIX, y le siguieron Boyacá, Cundinamarca y Tolima. El período más dinámico fue entre 1870 y 1899. Se dieron tres formas principales de reclamar tierras: una, las peticiones de pequeños poseedores; otra, la de grupos que formaron aldeas; y la tercera, los grandes peticionarios. Algunos datos del libro ilustran lo acontecido. La colonización que se desprendió desde el sur de Antioquia y mantuvo la participación de las tres formas de petición, muchas veces sin conflictos internos, produjo una abrumadora concentración territorial: el 50% de las adjudicaciones entre 1866 y 1893 fueron de menos de cien hectáreas, y las mayores de tres mil hectáreas sólo fueron el 9% de las adjudicaciones. Pero éstas últimas recibieron en promedio seis mil hectáreas y el 60% de la tierra. Las de menos de cien hectáreas, obtuvieron en promedio 38 hectáreas (Tovar, pág. 112). En Santander, fueron asignadas 66.311 hectáreas entre 1872 y 1893, para 31 adjudicatarios. Uno de ellos recibió en Lebrija 18.000 hectáreas. Algunos pocos hacendados se apropiaron del centro y del sur del Tolima; doce consiguieron 62.000 hectáreas, algo más de la mitad de la tierra adjudicada en cincuenta años. En forma simultánea, los colonos de las cordilleras recibían en promedio 47 hectáreas y a siete pobla-

dos les otorgaron once mil hectáreas. Las largas luchas contra las grandes concesiones, Aranzazu y Villegas en Antioquia, y Caldas y Burila en el Quindío, son otra muestra de la tendencia a la concentración y la lentitud enorme del Estado para intervenir en los conflictos. El Estado, si bien disponía de medios jurídicos, no amparó de manera suficiente los derechos de los primeros colonos y menos aún los de las poblaciones indígenas que se encontraron a su paso, como en el caso del sur del Tolima y el Huila.

El libro de H. Tovar sustenta documentalmente la historia de la ocupación territorial colombiana en el siglo XIX, y acude a memoriales, peticiones y litigios, para ponerles rostro a los actores y entrever el sentimiento que los acompañaba. Es importante el intento del historiador de no dejar el libro en cifras y palabras. Pero no basta con desechar una historia no maniquea. Así lo muestra la respuesta del agrimensor de Anserma Vieja (pág. 101) a veintisiete colonos que pedían se dejara constancia de que un terreno solicitado por un recién llegado tenía, ya desde antes, plantaciones suyas: las rechazó, pues "había ido a dar posesión de un terreno y no a oír declaraciones"

MYRIAM JIMENO

Universidad Nacional de Colombia

Aquí valen las listas

Barranquilla. Estudio sociológico y documental para una monografía histórica de la ciudad

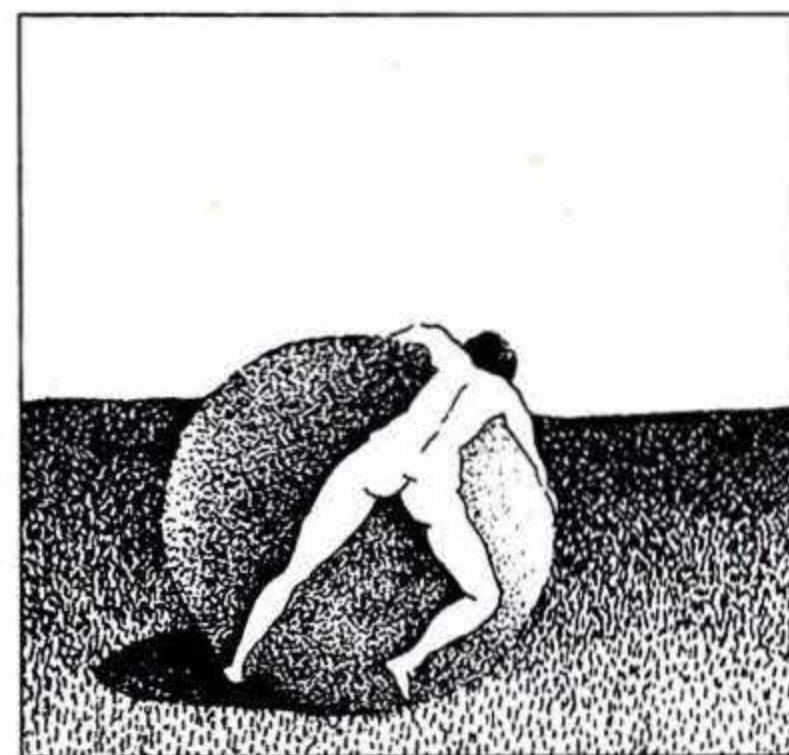
Andrés Viloría Terán, *Zenith de la Torre Silva* y Ricardó Guardiola Barrios
Editorial Efemérides, Barranquilla, 1995, 603 págs.

Una de las tantas características de los estudios históricos sobre el Caribe colombiano, en general, y sobre la ciudad de Barranquilla, en particular, ha sido la de que ellos obedecen a alguna empresa quijotesca, muy individualista, con poco o ningún apoyo institucional. Lo cual parecería proporcionarle, al re-

sultado de la empresa en cuestión, un halo protector de cualquier intento de crítica seria que contribuya a superar los escollos reales que enfrenta la investigación histórica.

De lo anterior tampoco escapa la obra de que se ocupa esta reseña. Por lo tanto, si se tratara de valorar y medir la capacidad física empleada en la elaboración de *Barranquilla. Estudio sociológico...*, la reseña debería terminar aquí, reconociendo el esfuerzo editorial de sus autores.

Pero no puede ser así. Hoy la ciudad —y la región— cuenta con atentos lectores y un pequeño grupo, aunque todavía muy difuso, de investigadores independientes que siguen con detalle lo que se escribe y publica.



Por tal razón, debemos comenzar a superar estos aspectos característicos de las investigaciones sobre nuestra realidad, para evitarnos repetir tantas incoherencias, inexactitudes y despropósitos juntos, producto de creer que lo básico, ante la escasa producción académica e intelectual que nos caracteriza, es publicar un texto "porque sí", "porque yo quiero hacerlo y punto", a manera de cualquier capricho infantil.

Para comenzar, el título del texto de Viloría, De la Torre y Guardiola está acompañado de un ambiguo subtítulo que alude a la disciplina sociológica y al estudio documentado para una monografía histórica de la ciudad. Pero en el texto no aparece ni lo uno ni lo otro y, como no hay esa presentación, el estudio monográfico histórico de la ciudad no lo encuentra el lector en las seiscientos tres páginas. Y no puede aparecer porque los autores no se dieron a la tarea de "meterse" en los archivos que

SOCIOLOGÍA

colocan, irrespetuosamente, al final, dentro de la bibliografía "consultada".

Además, los documentos reproducidos en el texto, —entre otras cosas, defectuosamente— están publicados en las mismas obras citadas por ellos —por demás, en forma descuidada—. Es decir, hasta las normas metodológicas salen mal libradas, a menos que los autores realizaran transcripciones, reproducciones y citas "libres".

El libro está estructurado en once capítulos con títulos tan atractivos, que van desde el medio geográfico de la ciudad, su historia, demografía, estructura económico-social, estratificación social, pasando por la estructura político-administrativa judicial y militar, los personajes nacidos en la ciudad, la conciencia social barranquillera, el progreso económico social barranquillero, para terminar con dos capítulos de anexos.

La presentación del medio geográfico de la ciudad es realizada ateniéndose al aspecto físico, sin tener en cuenta lo espacial y el desenvolvimiento urbano de ella, lo cual hubiera implicado un esfuerzo investigativo en el archivo notarial y en el del concejo municipal que permitiera decir cosas nuevas y refrescantes. Pero no. Los autores eligieron el camino fácil de copiar textualmente lo que, ya hace más de veinte años, publicó el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, en una monografía del departamento del Atlántico, sobre Barranquilla.

El segundo capítulo, "Historia de la ciudad", es una confirmación de lugares comunes acompañada de "aclaraciones" de los autores para "analizar y describir" basados en "documentos consultados en el Archivo General de la Nación y el excelente, serio y bien documentado trabajo del investigador y profesor universitario José Agustín Blanco Barros titulado *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*. Como quiera que ya lo habíamos anotado, utilizamos documentos de otros pueblos de indios o sitios de libros que guardan mucha relación con el área geográfica barranquillera" (pág. 37). Entre la página a la que corresponde la cita y la anterior son repetidos los términos *documento*, *documentación*, *documental*, doce veces, lo que hace a los autores creadores de una nueva re-

ligión que tiene como dogma principal "el fetiche documental", lo que le da fuerza a su creencia de que la historia de la ciudad "debe ser analizada con objetividad sin caer en el campo de las especulaciones e imprecisiones" (pág. 38).

Pero sólo cinco páginas después caen en pecado mortal al afirmar: "Toda esta serie de actividades, incremento poblacional y movimiento de carga y pasajeros por el río Magdalena obliga a la Corona española a que en 1772 se erija el Sitio de Barranquilla como corregimiento del partido de Tierradentro y con derecho a Juez letrado" (pág. 43).

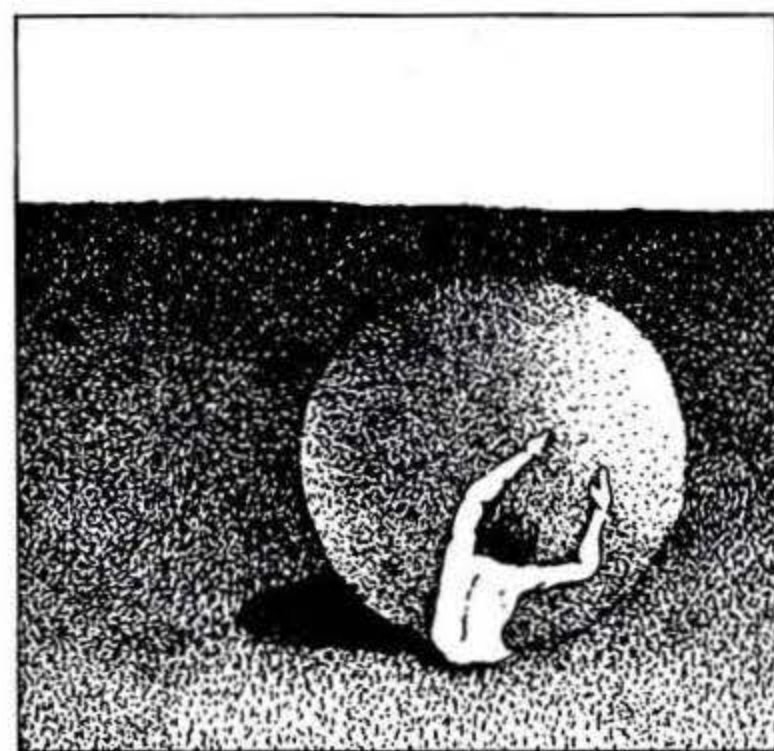
Los autores ignoran que las reformas poblacionales borbónicas, en el siglo XVIII, perseguían integrar los *sitios* —vecindarios de todas clases y castas de gentes— en la jerarquía urbana colonial como parroquias y viceparroquias, por cuanto esos lugares resultaban inquietantes para el orden hispánico. Esa política de poblamiento realizada a "son de campana" fue iniciada por el virrey Sebastián de Eslava en la Provincia de Cartagena, en 1740, precisamente, por el Partido de Tierradentro (actual territorio del departamento del Atlántico).

En ese proceso al sitio de Barranquilla se le construye "iglesia nueva [...] puesta bajo el patrocinio de San Nicolás de Tolentino y ésta es denominación adoptada oficialmente cuando en 1747 el viejo sitio ribereño sube otro escalón en categoría, al erigirse en parroquia" (José Agustín Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Bogotá, Banco de la República, 1987, pág. 246). A esta conclusión ya había llegado el mismo Blanco Barros quince años antes, cuando publicó *El censo del departamento del Atlántico (Partido de Tierradentro) en 1777* (Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia, vol. XXVII, núm. 104, 1972, pág. 316; reeditado por la Gobernación del Atlántico en *Atlántico y Barranquilla en la época colonial* [1994], véase pág. 50).

Los autores rematan ese segundo capítulo con una descripción de *Barranquilla, la ciudad futuro (siglo XXI)* —por cierto, eslogan de una fundación cívica local— y concluyen afirmando que la ciudad es "el sitio más llamativo para la apertura económica y

la internacionalización de la economía" (pág. 93).

Lo que obliga a preguntarse si Barranquilla presenta las condiciones propicias para tamaño desafío, o si ellas se están construyendo, en una acción mancomunada de la administración distrital, la empresa privada y las organizaciones ciudadanas, de lo cual resultaría el surgimiento de una dirección pública que haga confluir los intereses privados con las necesidades comunes de la ciudad. Esto, indudablemente, permitiría el desarrollo de un espíritu público que contribuiría a su feliz gestión.



Sin embargo, la ciudad afronta hoy una crisis sin precedentes en sus arcas distritales; sus ingresos, hasta el primer decenio del próximo milenio, están "hipotecados" con la banca internacional; las obras públicas adelantadas en los dos últimos años padecen de raquitismo constructor y la acelerada expansión urbana ha estado acompañada de una fuerte descomposición social.

En fin, la ciudad requiere de verdaderos estudios sociológicos que no repitan de manera nostálgica y mentirosa lo que, pretendidamente, fue "la de privilegiada ubicación geográfica [...] primer centro portuario, comercial, industrial (!), financiero, de servicios, educativo y cultural (¡sic!)" (pág. 109).

Lo que Barranquilla requiere de sus ciudadanos, dirigentes, vecinos o visitantes es una nueva lectura o una relectura permanente que se convierta en guía para su administración y la acción. Esto nos permitiría entender que no se trata de "reconstruirla", sino de repensarla, que como toda ciudad moderna es continua, crece y se desarro-

lla, de manera unas veces implícita y otras explícita.

Por eso trabajos como los de Vitoria, De la Torre y Guardiola nada nuevo aportan y sólo contribuyen a confundir lo poco que históricamente ya está claro y a crear un espejismo de la modernización de la ciudad que en nada la beneficia. Quizá el aporte de su obra radica en las listas de las más variadas empresas, entidades, profesionales, etc., que ocupan casi la mitad del texto, doscientas noventa y cinco páginas, y que nos recuerdan el insuperable, en su época, *Directorio Anuario de Barranquilla* editado en 1892 por Antonio Martínez Aparicio y Rafael A. Niebles.

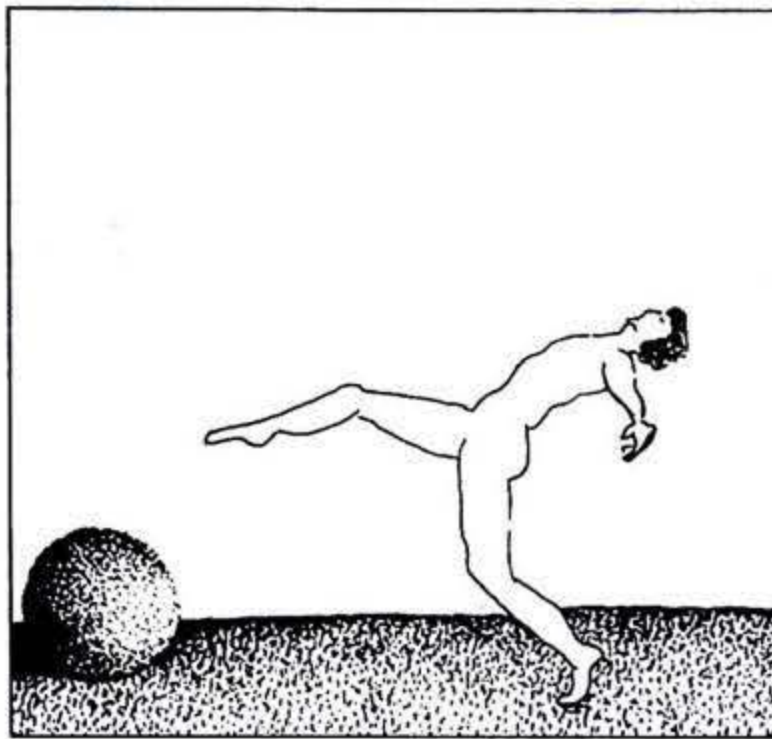
JORGE CONDE CALDERÓN
Universidad del Atlántico

Testimonios de una lucha electoral

Cuaderno de campaña

Julián Bastidas Urresty
Ediciones Testimonio, Santafé de Bogotá,
1995, 136 págs.

Hablar de política, en las actuales circunstancias, es algo así como viajar a los terrenos de la vergüenza, pues es un oficio tan desprestigiado que, aunque el noventa por ciento de las actividades del país se centre en ella, no deja de sonrojarnos descubrir que los males que aquejan a Colombia provienen de su ejercicio. Su malo y distorsionado ejercicio, por supuesto. ¿A qué profundo abismo hemos descendido por el incontrolado apetito del poder? ¿En qué subfondo de la corrupción nos hemos acomodado para que debamos padecer el imperio de la impunidad y de la ilegalidad, como aquel con que se nos identifica en nuestra historia más reciente? ¿En qué ausencia de valores éticos y morales nos hemos alineado para que los más ineptos sean quienes nos gobiernen, piensen por nosotros, derrochen nuestras riquezas, se enorgullecen de nuestras miserias o se burlen de nuestras efímeras conquistas?



Y hablar de campañas electorales, hoy, próximos al suicidio del milenio, cuando el mito de la posmodernidad nos ha puesto a creer en la individualidad más descarada, esa que acepta cualquier método o cualquier ayuda con tal de lograr el objetivo del poder, es algo así como un chiste que, mal contado, parece que prolongará nuestras tristes carcajadas por otra centuria más y mantendrá vigente en el espejo de la historia aquello de la "patria boba" como símbolo de nuestro devenir.

Así planteada nuestra contemporaneidad, en su faceta más pública, pareciera que la esperanza de un mejor país, como lo fuera el estandarte de los radicales de finales del siglo XIX o de las juventudes de la década del sesenta en este agónico siglo XX, se desvanece con nuestros actuales dirigentes en la ausencia de ideales, en la indiferencia de los politiqueros por un destino común, en la carencia de propósitos colectivos hasta en nuestros más pequeños vecindarios, en la ansiedad de una vida fácil evidente en nuestras juventudes con su individualidad que avasalla cuanto se oponga a sus anhelos, cuya punta más oscura son las metrallas que siegan vidas en las calles y en los campos de Colombia hasta por un simple jornal. Hay que ver que hasta por poseer un simple objeto del consumismo multinacional, símbolo del capitalismo salvaje, la vida humana ya no importa.

Sin embargo, la vida nos depara la sorpresa de esfuerzos que no por aislados conforman también el panorama de nuestro país, que lucha por descifrar su rostro, y nos proporcionan la posibilidad de hacerle la cara dura al devenir oscuro de nuestro destino.

Es posible que no abunden los ejemplos, pero que los hay los hay. Como también los atisbos de la esperanza.

En un pueblo incrustado en una región alejada de la geografía nacional, un municipio cuya existencia ya había percibido por mi cercanía con el escritor Julián Bastidas Urresty, encontramos el rostro de Colombia, el espejo en el cual podemos mirarnos para descifrar nuestro presente y proyectar nuestro futuro. Se trata de Samaniego, en el departamento de Nariño, un municipio donde se confunden y hasta cierto punto se resumen las características nacionales de este ejercicio que ahora, más que nunca, antes que descartarlo debemos transformarlo en verdadero estandarte de la democracia. Samaniego es un espejo que se nos ofrece en este libro, *Cuaderno de campaña*, escrito con amor y, quizá, con rabia, por Julián Bastidas Urresty, un hombre que, un buen día de 1994, decide aceptar ser candidato a la alcaldía de su pueblo.

Los acontecimientos de esta historia comienzan en el mes de agosto de 1994 cuando inesperadamente se me propuso ser candidato a la alcaldía de Samaniego, en el departamento de Nariño. Aceptar era una decisión nada fácil pues había que enfrentar una situación complicada con grave conflicto político-social, que había llegado al punto máximo con la muerte del alcalde anterior en manos de la guerrilla.

De esta experiencia humana y política Julián nos deja este *Cuaderno*, testimonio de sus coqueteos políticos y de su alegre y sincera aspiración por llegar a ser primer mandatario de su patria chica. ¿Por qué un libro para sus amigos y seguidores y no un telegrama de agradecimiento, repetido y por lo tanto impersonal, a buena cuenta de los fondos de la campaña? Julián nos lo explica en la Introducción:

Pasadas las elecciones me recomendaron que, como buen político, debía enviar a mis amigos de Samaniego una tarjeta de Navidad o una nota de agradecimiento a las personas que con mucho